

Prefacio

Agradezco al autor de este libro la invitación a escribir unas palabras introductorias. Es un gesto muy agradable que acojo con gran alegría por varios motivos. En primer lugar, Alejandro Pardo tuvo la gentileza de ofrecerme codirigir su trabajo de investigación doctoral en la Pontificia Universitá della Santa Croce acerca del magisterio de Karol Wojtyła/Juan Pablo II sobre del cine y las artes, desde la perspectiva de los trascendentales del ser (la búsqueda de la verdad, el bien y la belleza). En concreto, me pidió consejo para enfocar la parte más filosófica. En mis lecciones de metafísica en la Facultad de Filosofía, trataba con especial gusto de los trascendentales y me interesaba transmitir a los alumnos mi convicción de que unidad, verdad, bondad y belleza están presentes y unidos en nuestro quehacer personal: en la vida familiar, en el trabajo, en la vida social y política, en el trato con Dios, en la liturgia, en el juego, etc. Esta invitación de un experto académico en el mundo de la comunicación audiovisual –como es el caso del autor, que antes de ordenarse sacerdote trabajó durante más de veinticinco años como profesor e investigador de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra–, encajaba con el modo de enfocar mi reflexión y mi tarea docente. Superar la frag-

mentación del saber en campos aislados era y sigue siendo un objetivo importante para el trabajo universitario (la lectura del libro de Alasdair MacIntyre, *Tres versiones rivales de la Ética*, publicado a comienzos de los años 90 me ayudó especialmente a formular bien este problema en las universidades y a captar sus efectos negativos). Por tanto, proponer una investigación sobre los trascendentales del ser con la perspectiva de profundizar luego en las artes dramáticas –y en particular en el cine– me atraía mucho.

Por otro lado, el hecho de centrarse en el magisterio de san Juan Pablo II me parecía una elección muy acertada. Se trata de una figura que encarna varios aspectos de la existencia y el saber humanos: teatro y poesía, trabajo, filosofía y teología, evangelización. Teniendo una extraordinaria sensibilidad artista y una notable capacidad intelectual, Karol Wojtyła era consciente de que necesitaba fundamentar el conocimiento (teórico y práctico) sobre una buena base filosófica. No fue tarea fácil. En el diálogo que mantiene con André Frossard en el libro-entrevista *No tengáis miedo* (1982), Juan Pablo II confesaba su dificultad para comprender el lenguaje abstracto; en concreto, cuando se enfrentó a un tratado de Metafísica, cuando se prepara para el sacerdocio. Más adelante descubrió que la filosofía reflejaba, con otro método, la misma realidad expresada de modo narrativo en el teatro. Muchos años después, en una reunión, le oí decir: «*Metaphysica utilis ad omnia*». Alguien de los presentes recordó que san Pablo usaba esta expresión refiriéndose a la piedad: *pietas utilis ad omnia*. El Papa contestó: «Lo sé, lo sé; pero digo también que la metafísica es útil para todo». Quise saber dónde había aprendido eso y su respuesta fue: «Lo decía un viejo profesor mío». Y añadió: «Y es verdad».

Esto explica por qué afrontar el magisterio de san Juan Pablo II desde la perspectiva de los trascendentales no resulta descabellado. Recuerdo a este respecto también una de las comidas con san Juan Pablo II entre 1992 o 1993 a la que asistíamos miembros

del entonces recién creado Pontificio Consejo para la Cultura. Alguien comentó que bastantes sacerdotes jóvenes dejaban atrás la revolución antropológica del 68 y proponía recuperar la guía de los trascendentales –la búsqueda del bien, la verdad y la belleza–. En ese momento el Papa –que había estado en silencio escuchando– se interesó y entró en el diálogo. No me cabe duda de que su empeño por volver a transitar este camino de los trascendentales estaba motivado por el deseo de poner en marcha una “contrarrevolución” que paliara las devastadoras consecuencias que aquella primera había tenido y que todavía continúan, si bien se aprecia una lenta reacción en algunas universidades y en otros centros neurálgicos del pensamiento (con frecuencia suelo mostrar a personas de paso por Roma la fachada de la Facultad de Arquitectura en villa Giulia de la Universidad La Sapienza con el grito mural: *Via la polizia dall'università!* que se ha querido preservar como testimonio de aquella ola revolucionaria en Roma). El presente libro me parece una propuesta inteligente y profunda de una antropología metafísica y narrativa a la vez –siguiendo las enseñanzas de Karol Wojtyła/Juan Pablo II–, en esta línea. Alegra ver hoy día, por otro lado, otros síntomas como los planteamientos de la psicología positiva, el estudio sobre las emociones o la reflexión sobre la persona como ser social y familiar que aparecen en algunas películas y series.

El arte ha sido proclamado como un camino de salvación, de recuperación, de sanación (*la via pulchritudinis*). El cine es una de las artes y participa de este poder. Como barcelonés, me impresiona el interés mundial que despierta, por ejemplo, la Sagrada Familia de Gaudí, un monumento a la belleza y a la trascendencia, que sigue provocando asombro y que remueve las conciencias (el hecho de que la Fundación Benedicto XVI le haya concedido el premio 2024 al escultor japonés Etsuro Sotoo, figura clave en la terminación de ese templo, y donde, por cierto, abrazó la fe católica).

lica, es una prueba de ello). Otro testimonio es el ofrecido por la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (SITA), que organiza un diploma conjunto –ya en su 6^a edición– con todas las universidades y ateneos pontificios romanos sobre *Il pulchrum: il volto attraente dell'essere*. Esta sociedad nació en 1974 y su socio n. 1 fue precisamente Karol Wojtyła. Desde sus inicios ha estado dirigida por Abelardo Lobato cuyo libro *Ser y Belleza* recuerda cómo la belleza es vista como esplendor de todos los trascendentales juntos, y así lo subrayan insignes pensadores como R. Garrigou-Lagrange y J. Maritain, a quienes Wojtyła conocía bien. El cine, que de por sí es crisol de diversas artes, también lo es de los trascendentales.

Wojtyła, junto con otros filósofos y teólogos supo enriquecer la visión metafísica con la fenomenología realista. Este libro del colega Alejandro Pardo, junto a la trilogía de la que forma parte, nos ayuda a seguir profundizando en la obra de Karol Wojtyła/Juan Pablo II cuando el proceso de superar la revolución antropológica del 68 está en un momento prometedor.

Lluís Clavell

Profesor emérito de Metafísica

Università Pontificia della Santa Croce (Roma)

Roma 14 de abril de 2025,
Día de la declaración de Antonio Gaudí como Venerable